

La paradoja del 'roaming'



OPINIÓN

Enrique Dans

¿Ha viajado recientemente? ¿Ha consultado su correo electrónico, enviado mensajes, actualizado alguna red social, subido alguna foto o escrito algún *tweet* desde allí?

¿O es de los que apagan la conexión de datos al llegar al aeropuerto? ¿Es de los que se ha llevado ya el susto, o de los que se lo va a llevar?

Hablamos del *roaming*: una tasa carente de justificación en un mundo en el que los bits no saben de fronteras, pero que eleva el coste de una conexión a cantidades sencillamente absurdas, esotéricas: transmitir los datos que se usan como media en una

conexión doméstica en un mes costaría lo mismo que un coche deportivo, un yate o una casa si los demandásemos desde fuera de nuestras fronteras.

A fuerza de convivir con ello, vemos ya el *roaming* como algo natural. Pero eso no quiere decir que lo sea. De hecho, es completamente injustificable.

Ver un vídeo de dos minutos en nuestro móvil estando en Alemania cuesta más que desplazarse a este país en avión. Es más: si te sientas en un café y usas su conexión WiFi, la misma transmisión te costará prácticamente cero. Es sencillamente absurdo. No responde a nada razonable. Pero ahí sigue.

Mientras la Unión Europea intenta presionar para que el precio del *roaming* descienda gradualmente, las

operadoras se refugian en que es algo que no puede eliminarse de manera unilateral. Todas de acuerdo en cruzarse facturas alucinógenas en las que tratan los bits a precio de cocaína, mientras los usuarios se rascan el bolsillo.

Siendo España una potencia turística, resulta curioso que renunciemos a la mejor promoción que un turista podría hacer de nuestro país: usar las redes sociales para compartir sus experiencias, fotos y vivencias con sus amigos.

En su lugar, los conminamos a renunciar al uso habitual de sus teléfonos móviles. Mundo sin fronteras, pero transmisión de datos a precio de droga dura: una paradoja fuera de lugar.

Profesor de IE
Business School.